

PREGON DE FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE VILLAMAYOR DE 1973

Manuel Llerandi Vallejo

**Entre Melarde, Torín y Pesquerín,
Moñes, Sevares y Miyares,
Villamayor es un pueblín,
muy guapín, muy guapín.**

Corría el año de 1958, por el mes de octubre. Los televidentes que sintonizaban el Canal 4 –Televisión Nacional- en la República de Cuba, pudieron oír por primera vez el pasodoble Villamayor, en una noche de gala.

Un solista de excelente voz, con el acompañamiento de una de no menos excelentes orquestas, interpretó la letra y música, también de una manera excelente. Sus notas vibrantes, emotivas y sinceras, se esparcieron por la atmósfera y penetraron en los hogares de la entonces Perla de las Antillas y todos los asturianos, especialmente los piloñeses, lo acogieron con afecto y simpatía.

Cuando el Canal 4, estrenó el pasodoble Villamayor, Cuba señalaba pautas técnicas televisivas en la América hispana. A la Habana acudían técnicos y artistas de todas partes, para perfeccionar sus conocimientos. Cinco canales o emisoras de televisión, de distintas empresas privadas, el 2, el 4, el 6, el 11 y el 13, surcaban los aires con sus imágenes y sonidos, sólo comparables en calidad operativa y en perfección técnica, en los Estados Unidos de América.

A Cuba le corresponde el privilegio de ser la primera nación de América, fuera de los Estados Unidos, que instaló o tuvo la televisión en colores. Y a un hijo de Villamayor le cabe la satisfacción de haber pertenecido a la empresa que lo hizo posible.

Muchos programas de éxito que triunfaban en Cuba, dieron la vuelta al mundo de habla castellana. Grandes empresas industriales americanas fijaban su atención y copiaban muchos detalles de los “sports” comerciales, para incluirlos en las grandes cadenas norteamericanas y en sus propias empresas. El “poder vendedor” de esos “sports” era indiscutible y característico y sus “anuncios en directo”, tenían el atractivo de las cosas originales, bien estudiadas y bien hechas.

El pasodoble Villamayor fue tratado con esmero y muy bien ensayado. El Coro de Escuela de Televisión, que vestía el traje típico de Asturias y que gozaba de sólido prestigio profesional, repetía el estribillo:

Villamayor... Villamayor... Villamayor.

La tierra de la sidra y del amor.

Villamayor... Villamayor... Villamayor.

De Asturias y de España lo mejor.

Los que han emigrado y sentido la íntima añoranza de su patria chica, comprenden lo que pasa por el corazón cuando se oye hablar del pueblo donde se nació. Y sí a ese “su pueblo”, se le llama “La tierra de la sidra y del amor” y que es “de Asturias y de España lo mejor”, la emoción se acentúa y las lágrimas asoman sin querer.

Momentos alegres y tristes a la vez, pero que son reales y verídicos. Que hay que vivirlos, sentirlos y aquilatarlos. Que no se comprenden sin pasar por ellos. Momentos que elevan en espíritu o deprimen el ánimo. Que hacen ver la patria lejana más grande y más pura. Más llena de ideales y de mejores virtudes. Momentos en que la intriga, la calumnia o la envidia no existen ni se aceptan.

Episodios que quedan grabados en la mente para que, a través de los años, en un proceso rigurosamente confidencial, nos ofrezca cuando menos lo esperamos, un bello y sugestivo panorama retrospectivo. Como nos sucede a nosotros ahora, recordando todo el proceso de la música, la letra y los ensayos del pasodoble Villamayor y, de cuyos recuerdos quizá –y sin quizás-, también pudiera decir algo el actual presidente de Cofivi.

El artilugio de la televisión, en una realización feliz del productor, colocó a Villamayor en un alto pedestal de popularidad:

Villamayor... Villamayor... Villamayor.

La tierra de la Sidra y del Amor.

Tus calles, tus montañas y vergeles.

Tus ríos, tus flores y mujeres

causan sensación y ofrecen atracción

al que los viere.

Pero además, si de Oviedo vas

a ver en Covadonga la Santina

tendrás que admirar y tendrás que pasar

por este pueblín,

que es muy guapín, muy guapín

En una visión panorámica que entremezclaba las imágenes, se veía a Cortines y al bosque de eucaliptus que allí había por entonces. Se vislumbraba en lotanza, entre celajes luminotécnicos, la cumbre o cima por donde se desciende a San Miguel y San Román. Más allá, hacia el Este, después de pasar Antrialgo, se veía en igual forma, la Goleta, y el Pixuecu y los montes de Sueve. En las mismas condiciones técnicas y artísticas, se divisaba el Tombu, Meroya y Rodiles, sirviendo de marco al campanario de la Iglesia y a la fachada de la Escuela, con un “close-up” especial para el Ábside románico.

Y así Melarde, Torín y Pesquerín, Moñes, Sevares y Miyares, que siempre se había llevado bien con Villamayor, hicieron en Cuba una conjunción maravillosa, que surcaba los aires en un abrazo cordial y afectuoso, entre imágenes de la Santina, la Basílica de Covadonga, las torres de la Catedral de Oviedo y los montes de Sueve y del Tombu.

Y la letra terminaba así:

Villamayor... Villamayor... Villamayor.

**De Asturias y de España lo mejor.
Tus piescos, tus manzanas, tus perales
tus figos, tus cerezas, tus maizales,
tienen un color y tienen un sabor
que ofrecen un deleite de manjares.
Pero además, si de Oviedo vas
a ver en Covadonga la Santina,
tendrás que admirar y tendrás que pasar
por este pueblín,
que es muy guapín, muy guapín.**

Y a este pueblín que de verdad es muy guapín, “un rapaz del Caneyu”, lo saluda.